

irónicamente, el sociólogo Amando de Miguel se limita a decir que «el centro quiere decir la derecha» (De Miguel, 2004, 31).

Otros autores, como Jaime Rodríguez-Arana, han defendido el «centro», frente a esas críticas, como «un nuevo espacio político que se sustenta en una concepción del hombre, de la sociedad y de la democracia, deudora de los ideales ilustrados, que pretende superar de algún modo las coordenadas del pensamiento de la modernidad, asumiendo sus valores, pero depurándolos de sus contenidos dogmáticos». Así, la ética centrista se fundaría en el «justo medio» aristotélico; su sociología en la presencia y el desarrollo de las clases medias, y la política electoral en consideraciones de valor estratégico y táctico de las posiciones centristas en los países democrático occidentales», todo ello unido a la «moderación» y al «reformismo» (Rodríguez-Arana, 2001, 166, 27 y ss.). En respuesta directa a tales planteamientos, el periodista Germán Yanke, defensor de la derecha liberal, estima que el «centro» es tan sólo un «mito», carente de «ideas propias» (Yanke, 2004, 187 y ss.).

Véase también: CONSENSO, DERECHA, IZQUIERDA, PARTIDO, REFORMA, TRANSICIÓN.

CIENCIA

Pedro Ruiz Torres

La palabra «ciencia» ha experimentado a lo largo del siglo XX varios cambios importantes de significado, pero hay dos que sobresalen por su alcance social. El primero es el definitivo desplazamiento del concepto unitario e indiferenciado de ciencia, procedente del pensamiento ilustrado, por otro dispuesto a mantener el singular y poner énfasis al mismo tiempo en los distintos ramos particulares del saber, con sus correspondientes cuerpos de doctrina de carácter metodológico. El segundo conduce al predominio abrumador en la actualidad de una acepción más restrictiva del término «ciencia», que relaciona esa palabra sólo con cierto tipo de disciplinas, aquellas en las que es posible la experimentación y el cálculo.

La definición de ciencia como «conocimiento cierto de alguna cosa por sus causas y principios» aparece en el tomo segundo del *Diccionario de Autoridades* (Real Academia, 1729, ed. facsimilar, 1984, 345) y es la preferida por la Real Academia Española durante todo el siglo XX. Aquello que la revolución liberal del siglo XIX ha borrado por completo es la puntualización de 1729: «... por lo cual se llaman así las Facultades, como la Teología, Filosofía, Jurisprudencia, Medicina y otras».

Desde la ley Moyano de 1857, que en buena medida estuvo vigente con innumerables retoques hasta la dictadura de Franco (Peset, 2002, 39), la Facultad de Filosofía quedó dividida en dos: Facultad de Ciencias y Facultad de Filosofía y Letras, y «Ciencia» dejó de ser intercambiable no sólo con «Facultades» sino también con «Filosofía», como ocurría en el siglo XVIII, si bien el desarrollo de la institución universitaria resultó muy débil en España hasta principios del siglo XX (Peset y Peset, 1975). La palabra *ciencia*, nos dice el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano* (V, 1892), recibe «aplicaciones muy distintas»: saber, conocimiento, suma de hechos y leyes conocidos por un espíritu particular o la humanidad entera, serie de leyes y hechos de un orden especial o que rigen al Universo. La persona que redactó la voz (¿Eduardo o José Echegaray?, ¿Vicente Vera y López?) se decantó entonces por «lo que se debe hacer para saber: esto es la Ciencia». Entendía «la Ciencia» como una actividad «que se interesa sólo por lo verdadero, sin preocuparse de si es útil, a diferencia del Arte, que persigue lo que puede ser útil o aplicable». «La Ciencia» resultaba equivalente, pues, a «teoría, abstracción», mientras «el Arte» se identificaba con «práctica, aplicación». Ese concepto de ciencia en la España de finales del siglo XIX y principios del XX vino unido a una élite intelectual en la que era evidente la influencia del krausismo y del positivismo en su vertiente filosófica, ambas corrientes con raíces comunes en el pensamiento ilustrado. «La ciencia no es todavía el saber absoluto sino el saber humano», nos dice en 1890 el citado *Diccionario*, «un edificio incompleto e incoherente en muchas de sus partes», pero la inteligencia humana, incansable e insaciable, y cada vez más activa, «se ocupa constantemente en llenar los vacíos y corregir los errores». A finales del ochocientos, un grupo intelectual de ideas avanzadas y muy activo en el plano político defendía un concepto ilustrado de ciencia poco dado a la especialización profesional.

Con parecido carácter, ese saber humano tomado en su conjunto y preocupado por lo verdadero, con o sin utilidad práctica, proporcionó el contenido básico de una acepción de ciencia y un deseo de formación en un amplio sentido del que hicieron gala en la década de 1930 los círculos obreros de ideología anarquista o socialista. Los anarquistas compartieron con los republicanos una fascinación por «la Ciencia» de raíz también ilustrada, símbolo del progreso y de la emancipación humana, y un interés por los más diversos temas, desde la geografía o la historia a la biología, la astronomía o la física, influidos por una visión «enciclopédica» de la cultura (Navarro, 2004, 147-197). Los marxistas pusieron énfasis en una ciencia distinta de la burguesa, el materialismo dialéctico e histórico de Marx y Engels, pero su concepto de ciencia era igual de amplio y reacio a dividir el saber en compartimentos estancos. En todos los casos «la Ciencia» resultaba del buen uso de la razón humana y era «el conocimiento verdadero y cierto», el medio intelectual por excelencia de la nueva edad en la que el hombre, como repitieron el discurso filosófico de la Ilustración en el siglo XVIII y el de Marx, Krause o Comte en el siglo XIX, dejaba atrás formas inferiores de dar cuenta del mundo en el camino del

Progreso hacia el «saber absoluto». Semejante modo de concebir la ciencia estuvo presente a lo largo del siglo XX en diversas variantes de un lenguaje político «progresista» que de modo constante puso énfasis en la emancipación colectiva de los seres humanos.

Desde el ochocientos encontramos en España un segundo significado del vocablo *ciencia* que irá imponiéndose y arrinconando al primero en el lenguaje político y social durante el siglo XX, sobre todo a medida que la institución universitaria fue desarrollándose y su actividad influyó en la sociedad de una manera creciente.

Ciencia pasó a ser «cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del saber», como leemos en las sucesivas ediciones del *DRAE*. El reconocimiento en un diccionario de carácter normativo de ese otro significado de la palabra *ciencia* con un contenido más específico es el resultado de un cambio semántico que se ha ido extendiendo desde principios de la pasada centuria. En los diccionarios descriptivos del uso de la lengua, *ciencia* deja de ser en primer lugar «conocimiento cierto de las cosas por sus causas», como recomienda la Real Academia Española, para convertirse en «conjunto organizado de conocimientos» de un cierto tipo o «conjunto de las ciencias» (Seco, Andrés y Ramos: *Diccionario del Español Actual*, 1999, I, 1038). El singular *ciencia* incluye el plural *ciencias*, efecto en el lenguaje de la transformación en un medio, el universitario, cada vez más desarrollado y donde se concentró la elaboración y difusión del «conocimiento humano» en sus distintas vertientes.

La trayectoria irregular del desarrollo de las distintas ciencias en la universidad española se encuentra en plena sintonía con el curso de la vida política. Las tímidas reformas universitarias de principios de la nueva centuria iniciaron un periodo en el que la penuria universitaria dejó paso a una relativa integración en el marco europeo de la que dieron testimonio científicos españoles de renombre (Ramón y Cajal, 1981). Hubo un aumento notable de la práctica científica hasta finales de la década de 1930, que se refleja en el número de personas, líneas de trabajo e instituciones destacables (López Piñero, Glick, Navarro y Portela, 1983; Sánchez Ron, 1999). La creación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones (Sánchez Ron, coord., 1988; Cacho Viu, 2000, 153-185), presidida por Ramón y Cajal, tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de las distintas ramas del saber. Gracias a la Junta, los científicos españoles mejoraron su formación universitaria y a su regreso a España contaron con laboratorios e instituciones donde pudieron desarrollar su trabajo en campos de especialización punteros, desde la químico-física o la ciencia de los materiales a la patología médica y la farmacología (Peset y Hernández Sandoica, 2001). No extraña, pues, que se hiciera patente en España el «considerable desarrollo alcanzado modernamente por las ciencias, y en especial por las ciencias naturales», tal y como subrayó la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* en los años veinte. El desastre de la Guerra Civil, agravado por el exilio, truncó la culminación de esos avances en la década de 1930 y tras el triunfo de los golpistas llegó un régimen dictatorial que mezcló la

retórica del fascismo con el catolicismo más integrista. El viejo conflicto entre religión y ciencia, fe y razón, todavía presente en España en las primeras décadas del novecientos, se resolvió a favor de quienes sostenían el predominio de la religión sobre la ciencia, hasta el punto de que durante «la cuarentena franquista» el darwinismo, muy popular en España con anterioridad (Glick, 1982), tuvo su principal manifestación pública en la etiqueta de la botella de Anís del Mono (Sánchez Vidal, 1990, 101-125). Mientras tanto, el exilio prolongaba brillantemente, gracias a la labor docente e investigadora de un impresionante elenco de científicos exiliados, el desarrollo de la ciencia española en el primer tercio del siglo, con aportaciones tan relevantes como la revista *Ciencia*, subtitulada *Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas*, publicada en México entre 1940 y 1975 (Giral, 1994).

Tras algunos tímidos intentos de apertura, la universidad española y con ella la actividad científica recuperó poco a poco el terreno perdido, de forma muy notable con el regreso de la democracia. A partir de los años ochenta hubo un incremento espectacular de las universidades, de los centros de enseñanza y de investigación, de las titulaciones, de las disciplinas, de la investigación en todos los terrenos. A medida que también en España la cultura científica se encauzó de un modo cada vez más «profesional» aumentaron a un ritmo acelerado las distintas «ciencias» y cada una adquirió características propias. Dentro de la universidad y del medio educativo en general se acentuó la diferencia entre dos grupos de disciplinas y la ciencia se identificó con un tipo de saber «en el que predomina la observación y el cálculo», como recogía ya la Ley de 26 de febrero de 1953 sobre Ordenación de la Enseñanza Media, que ofrecía a los alumnos de Bachillerato Superior dos opciones llamadas «Ciencias» y «Letras». El «saber humanístico» quedó en el campo de «las Letras» y aunque aquellos que promovieron «las nuevas Ciencias Sociales» reclamaron para su trabajo un estatuto científico similar al de las «Ciencias de la Naturaleza», lo cierto es que en el lenguaje político y social de nuestros días la palabra *ciencia* se asocia por lo general a un determinado grupo de disciplinas universitarias. Sólo una parte del conocimiento se considera científico en la medida en que la idea de ciencia se relaciona, por un lado, con el predominio de la experimentación y las matemáticas y, por otro, con la aplicación tecnológica de cierta clase de conocimientos con vistas a la mejora de nuestras vidas. «Desde la Segunda Guerra Mundial», se ha dicho, «la ciencia, a través de la tecnología, ha llegado a ser un elemento dominante en nuestras vidas; ello sobre la base de los enormes beneficios que han supuesto para la humanidad. Más y mejor vida y una prosperidad económica jamás disfrutada son el resultado del desarrollo tecnológico basado en el avance del conocimiento científico» (Barrero, dir., *La ciencia en tus manos*, 2000, 17). En el lenguaje socialmente más extendido, ese nuevo carácter sólo parece tenerlo una serie de conocimientos a los que se les da en propiedad el nombre de «científicos», pero no las demás disciplinas universitarias, como puede comprobarse en innumerables libros, revis-

tas, páginas de periódicos y programas de televisión dedicados a «divulgar la ciencia». El conocimiento científico comprende una amplia y muy diversa gama de especializaciones que la obra *La ciencia en tus manos* agrupa en cinco grandes apartados: «el mundo físico» (el universo, la tierra, la física de partículas, la química), «la vida» (la evolución y la herencia biológica, la célula, ecosistemas y biodiversidad, los microbios), «los organismos» (desarrollo embrionario, funciones físicas y envejecimiento, el cerebro, las enfermedades), «el mundo de Leonardo» (tecnología, tecnociencia médica, genética, sociedad de la información, inteligencia artificial, energía, transportes, materiales, arquitectura y realidad virtual) y «el mundo de las matemáticas».

Por ello, si comparamos los dos últimos cambios de siglo en España vemos un poderoso contraste en el lenguaje en función del predominio de uno u otro concepto de ciencia. La idea de ciencia como un tipo de conocimiento con una especialización creciente, una vertiente aplicada de gran importancia y el predominio de la experimentación y el cálculo es muy distinta del concepto de ciencia como conocimiento humano, del tipo que sea, guiado por el buen uso de la razón, saber integrador y en cierto modo indiferenciado vinculado a la abstracción y distinto de la actividad práctica. Entre esos dos momentos, un siglo de creciente profesionalización en todas las vertientes y de desarrollo espectacular en el campo de las ciencias físicas y de la vida ha transformado de un modo radical no sólo la tecnología sino también los demás ámbitos culturales de las sociedades humanas y el medio natural en su conjunto. Semejante desarrollo sin precedentes ha traído avances espectaculares, pero también amenazas nuevas y una preocupación creciente por sus efectos sobre nuestro planeta. De ahí que en el lenguaje posterior a la Segunda Guerra Mundial haya ido predominando una combinación de optimismo y pesimismo que refleja una toma de conciencia mucho menos extendida hasta entonces acerca de la doble cara del progreso científico. A esa nueva toma de conciencia no es ajena la pérdida de «la fe absoluta en la razón humana» de que hablaba Unamuno (Unamuno, 1978, 98) y la reacción «antipositivista» que encontramos en ciertos círculos intelectuales españoles a principios del siglo XX (Cacho Viu, 1997, 53-75), pero sin la impronta o la deriva «irracionalista» de la que tanto partido sacó luego el fascismo. Otra cosa muy distinta es cómo los irracionalismos modernos o premodernos perviven a principios del siglo XXI en un lenguaje social y político en el que a veces abundan por desgracia los prejuicios y las supersticiones.

Véase también: CIVILIZACIÓN, CULTURA, EDUCACIÓN, ÉLITES, EUROPA, INTELLECTUAL, PROGRESO, PROGRESISTA, REGENERACIÓN.

Javier Fernández Sebastián
Juan Francisco Fuentes (dirs.)

Diccionario político y social del siglo XX español

Con la colaboración de:

Paloma Aguilar Fernández, José Álvarez Junco, Sergio Argul Arias, Rafael de Asís, Ángeles Barrio, Andrés de Blas Guerrero, Mercedes Cabrera, Gonzalo Capellán de Miguel, Javier Corcuera Atienza, Rafael Cruz, Salvador Cruz Artacho, Mariano Esteban de Vega, María Antonia Fernández, Ignacio Fernández Sarasola, Josep Maria Fradera, Carlos Garriga Acosta, Eduardo González Calleja, Pedro Carlos González Cuevas, Iñaki Iriarte López, Jesús Izquierdo Martín, Santos Juliá, José Luis de la Granja Sainz, Emilio La Parra López, Ángel Llamas, Luis Martín, Fernando Martínez Pérez, Javier Moreno Luzón, Rafael Núñez Florencio, Jesús María Osés Gorráiz, Santiago de Pablo, Gregorio Peces-Barba, Manuel Pérez Ledesma, Alejandro Pizarroso, Fernando del Rey Reguillo, Coro Rubio Pobes, Germán Rueda, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Pedro Ruiz Torres, Ismael Saz, Javier Tajadura Tejada, Eugenio Torres Villanueva, Patxo Unzueta y Joaquín Varela Suanzes-Carpegna.

Alianza Editorial

ÍNDICE

Nota previa	15
Siglas y abreviaturas	19
Relación de autores	23

DICCIONARIO DE CONCEPTOS POLÍTICOS Y SOCIALES DEL SIGLO XX ESPAÑOL

PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN

1. Conceptos políticos, historia y modernidad	31
2. Políticos e intelectuales ante los problemas del lenguaje: Una permanente insatisfacción	37
3. Un siglo hablando de sí mismo	45
4. Etapas del cambio conceptual: estratos del tiempo y del lenguaje	55
a. La crisis del parlamentarismo	55
b. El Régimen de Franco: La derrota del voluntarismo	60
c. Transición y democracia	67
5. Entrando en el siglo XXI: Hacia una historia conceptual del tiempo presente	71
6. Consideraciones finales	80

SEGUNDA PARTE. VOCES

Administración	87
Alzamiento Nacional	91
Anarquismo	100
Anticlericalismo	109
Antifranquismo	113
Aristocracia	122
Asociación	129
Autonomía	137

Burguesía.....	145
Cambio.....	158
Campesino	163
Capitalismo.....	167
Carlismo.....	175
Catalanismo	176
Caudillo.....	185
Censura	192
Centralismo	197
Centro	206
Ciencia.....	211
Ciudadanía.....	216
Civilización.....	230
Clase media.....	240
Clase obrera.....	249
Comunicación	258
Comunista.....	267
Consenso.....	276
Conservador	282
Constitución	287
Corporativismo	300
Corrupción	306
Cortes.....	312
Crisis.....	322
Cuestión social	335
Cultura	335
Democracia	345
Deporte	362
Derecha	368
Derecho.....	377
Derechos	387
Desarrollo	395
Dictadura	400
Ecologismo	411
Economía	416
Educación.....	425
Ejército.....	434
Elecciones.....	444
Élites	454
Emigración.....	460
Empresario.....	469
España	477

Estado.....	488
Estado del bienestar	505
Europa.....	513
Exilio	529
Falange Española.....	539
Familia.....	539
Fascismo.....	549
Federalismo.....	554
Feminismo	559
Franquismo.....	559
Funcionario.....	568
Futuro.....	576
Género.....	590
Globalización.....	590
Gobierno.....	595
Golpe de Estado	608
Guerra civil	608
Hispanidad.....	617
Historia	623
Huelga	634
Identidad	644
Ideología.....	649
Iglesia católica.....	660
Igualdad.....	668
Individualismo.....	680
Información	686
Institucionismo.....	686
Intelectual.....	693
Internacionalismo.....	701
Izquierda	707
Justicia	717
Krausismo	725
Laicismo	725
Liberalismo	725
Libertad	733
Marxismo	751
Masas	759
Masonería.....	764
Memoria histórica	768
Modernidad	775
Monarquía.....	791
Movimiento estudiantil.....	801

Movimiento Nacional.....	808
Movimiento obrero.....	817
Mujer.....	828
Nación.....	838
Nacionalismo catalán.....	854
Nacionalismo español.....	854
Nacionalismo vasco.....	865
Opinión pública.....	877
Orden.....	893
Parlamentarismo.....	900
Partido.....	906
Patria.....	916
Patronal.....	929
Periodismo.....	938
Poder.....	948
Política.....	948
Político.....	967
Populismo.....	967
Posmodernidad.....	973
Prensa.....	973
Progresista.....	973
Progreso.....	983
Proletariado.....	1000
Propaganda.....	1000
Propiedad.....	1005
Público.....	1014
Pueblo.....	1014
Reconciliación.....	1024
Reforma.....	1031
Regeneración.....	1041
Régimen.....	1046
Regionalismo.....	1050
República.....	1063
Revolución.....	1069
Secularización.....	1080
Sindicato.....	1088
Soberanía.....	1098
Socialista.....	1107
Sociedad.....	1117
Tecnocracia.....	1130
Tercer Mundo.....	1136
Terrorismo.....	1141

Totalitarismo.....	1149
Trabajo.....	1154
Tradicionalismo	1163
Transición.....	1173
Urbanismo	1183
Utopía.....	1189

TERCERA PARTE: BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía.....	1197
Índice analítico	1327